

manera. Però això no ens permet esborrar d'un sol cop el marc en el que es prenen les decisions individuals o senzillament s'intenta sobreviure. Els documents també ens mostren un Ricard Guillem que actua d'acord amb un marc social que compartia amb els seus veïns i alguns dels seus predecessors. Altrament es corre el risc de simplificar les dificultats amb què s'enfronta una revolució comercial en ple segle XI. Aaron Gurevic ha sintetitzat encertadament l'evolució del marc ideològic i religiós on es movien els homes de negocis medievals.²⁰ I no cal pensar que sense l'invenció del purgatori no s'hagués pogut produir el pas definitiu a l'economia del benefici, per admetre que aquestes consideracions són rellevants en el tema central del llibre.

Si Ricard Guillem encarna menys fidelment els ideals capitalistes, el clixé del burgès espavilat, i es mou més pel camí del mig entre patriciat i noblesa; si el seu comportament no era tant excepcional ni tant extraordinari en relació als seus coetanis del segle XI, la seva biografia pot perdre interès per l'excepcionalitat de l'home però pot guanyar-ne per la representativitat d'un temps i d'un país.

¹⁹ Vegeu sobre la qüestió el recull d'articles: PASCUAL MARTÍNEZ SOPENA (COORD.), *Antroponimia y sociedad. Sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XIII*, Universidades de Santiago de Compostela y Valladolid, 1995.

²⁰ AARON J. GUREVIC, "El mercader" a Jacques LE GOFF (dir.), *El hombre medieval*, Madrid, 1995, pp. 255-295.

RICARD GUILLEM SE ENCUENTRA CON LA CRÍTICA

José Enrique Ruiz-Domènec
(UNIVERSITAT AUTONÒMA DE BARCELONA)

¿Cómo debemos afrontar el estudio del pasado? ¿Existe alguna posibilidad de que volvamos a considerar en serio el problema de la narración?

Decía Benedetto Croce que sin narración no hay historia; una frase que muy bien hubiera podido escribir Simon Schama, cuando se planteó en las páginas de «The New Yorker» por qué Clio tiene un problema. ¿Hemos perdido la capacidad de percibir el cromatismo y el sentido de la historia?

Los descubrimientos científicos, cada vez más audaces, se detienen en la puerta de Clio: no se atreven a traspasarla. Pienso en esas cosas delante de un magnífico «dossier» crítico sobre mi libro *Ricard Guillem, un sogno per Barcellona*, mientras tengo que terminar un artículo de prensa sobre los sucesos acaecidos el martes pasado (11 de septiembre del 2001) en Manhattan, de los que todos tenemos una imagen hecha. ¿También información? ¿Qué se dirá de ello dentro de novecientos años? Una lectura convincente de la historia indica que estamos ante un mundo con armas y voluntad de destrucción masiva.

En menos de veinticuatro horas, mi posición ante la crítica sobre mi «Ricard Guillem» ha cambiado en relación con lo que he sentido al contemplar, sin poder hacer nada al respecto, la atrocidad en forma de narración de un suceso puntual. Porque aprendemos a hacer historia a través de la misma historia. Por ese motivo, hoy no escribimos la historia como lo hicieron Gibbon, Voltaire o Burckhardt, pero ni siquiera como, en fechas más recientes, ensayaron Vicens Vives, Chabob o Braudel. El siglo XXI diferenciará información de acumulación de datos, por el simple hecho de que las técnicas de difusión (Internet y otras) no cesarán de ampliar las «zonas riesgo». He ahí el reto. La respuesta del historiador a ese reto es buscar una manera apropiada de revisar el pasado. Es preciso encontrar en él el sentido que muchos no quieren o no saben ver, y de ese modo aceptar como buenos, metodológicamente hablando, los consejos que el canciller Nicetas Coniales le dio a Baudolino en un momento especialmente dramático de la historia mediterránea, 23 de agosto de 1204: «No hay historia sin sentido. Y yo soy uno de esos hombres que saben encontrarlo allá donde los demás no lo ven. Después de lo cual la historia se convierte en el libro de los vivos, como una trompeta brillante que hace resurgir de su sepulcro a los que son polvo desde hace siglos... Sólo que se necesita tiempo, hay que considerar los acontecimientos, vincularlos, descubrir los nexos, incluso los menos visibles».

Consejos útiles, necesarios quizás para ordenar nuestro pensamiento en estos tiempos de turbación. No importa que hayan sido expuestos en una

novela histórica (en efecto, la cita está extraída del *Baudolino* de Umberto Eco, Barcelona, Lumen, 2001, págs. 17-18) que está previsto aparezca en nuestras librerías el cuatro de octubre: escribo estas líneas la noche del 12 de septiembre). Pasado y futuro: así es el estudio de la historia. Imaginación y rigor, erudición y método. La línea comenzada por Herodoto y seguida por Polibio, Tito Livio, Maquiavelo o Voltaire, no debe detenerse. Hagamos resurgir de su sepulcro a los que son polvo desde hace siglos: a los náufragos de la historia, aunque eso nos cueste alguna que otra censura, aunque eso nos cueste alguna que otra sutil observación sobre el peligro de traspasar los límites del conocimiento tradicional. No es curiosidad tan sólo (y eso en sí mismo no sería malo, si pensamos en Petrarca) es sencillamente el deber que un historiador del siglo XXI tiene ante su materia de estudio, y su mundo vital, ese que hace posible que un avión de pasajeros sea secuestrado y lanzado contra un inmenso rascacielos. La historia se nos ha echado encima: ¿Qué hubiera pensado Ricard Guillem de este acto terrorista? Éste sería el tema de una espléndida novela, un territorio en el que me resisto entrar.

Mi *Ricard Guillem* es precisamente lo más alejado de una novela histórica: es lo que acostumbramos a llamar historia narrativa, es decir, el relato del mundo vital de un personaje, a ser posible, un náufrago de la historia: en parte así lo fueron Guillermo el Mariscal, rescatado por Georges Duby; Menocchio que emerge de su molino de la pluma de Carlo Ginzburg, Martín Guerre, cuyo retorno resulta comprensible por el esfuerzo de Natalie Zemon Davis; Lusana, víctima de los malos tratos de un hombre tan refinado como perverso que conocemos debido al esfuerzo de Gene Brucker; o ese colectivo de «ciudadanos» alegres pese a su perplejidad por los sucesos que enmarcan la Revolución francesa, y que es tema predilecto de los trabajos de Simon Schama; y otros muchos intentos de historiadores comprometidos con su tiempo, soñadores de un siglo XXI donde el estudio de la historia vuelva a ocupar el lugar que exigen las difíciles circunstancias que nos tocarán vivir en el futuro inmediato. El reto es éste. Mi respuesta a ese reto es rastrear a través de un relato (y por consiguiente de su obligada narración), el mundo vital de un barcelonés del siglo XI. Más que opinar sobre economía o política, he descrito su andadura a lo largo de una vida tan intensa como excepcionalmente larga y bien documentada. Hay otros casos como el suyo en los archivos que esperan ser desenterrados. No he preten-

dido considerar que sea un caso único, pero sí un caso excepcional. Los críticos se han posicionado ante él de diversas maneras, de acuerdo con sus propios principios de método, y con su vivencia generacional: me alegra pensar que suscita en ellos esa reacción, la misma que espero de los lectores. La historia avanza por medio del estimulante y necesario diálogo entre el autor, los críticos y los lectores.